

Iglesia y dictadura: de la simpatía a la complicidad

Resulta interesante analizar la conducta de la iglesia oficial frente a las dictaduras. Lo primero a notar es el acuerdo inmediato e invariable con las de derecha, o mejor con las católicas. Franco, Duvaliere, Strossner, Somoza, Batista, Pinochet, Onganía, Junta militar y proceso de reorganización nacional. Todas ellas fueron aceptadas como cambios sociales adentrados en una visión cristiana de la sociedad. Con firmeza y crudeza notables, en cambio, se combatieron y se combaten los gobiernos fuertes con ideología de izquierda.

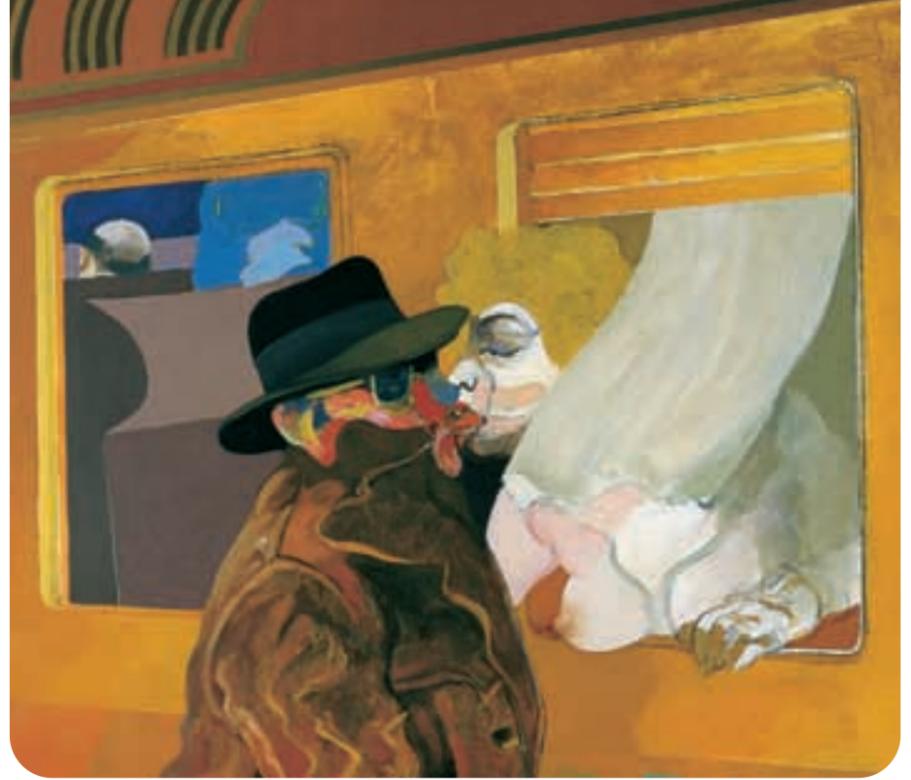
¿Acaso Jesús de Nazaret no fue un revolucionario de izquierda que desafió frontalmente la desigualdad social, la marginación y la exclusión? ¿Qué se oponía el dominio ejercido por el imperio contra los más débiles, el autoritarismo religioso, la imposición de la ley por encima del hombre? Porque una Iglesia que se proclama seguidora y sucesora de Cristo, parece hacer todo lo contrario de lo que señalamos más arriba. ¿Qué intereses superiores mueven al organismo eclesiástico a dejar de lado la actitud de Jesús de Nazaret y pegarse a los regímenes dictatoriales?

Dos razones

Creo que hay dos razones muy importantes. La primera, la Iglesia necesitó institucionalizarse para subsistir. En un proceso natural las comunidades fueron organizándose eligiendo responsables, presbíteros y obispos. El proceso se complejizó con el emperador Constantino. Muy posiblemente por influencia de su madre Elena (canonizada) atribuyó sus victorias al Dios de los cristianos y levantó a la iglesia a la par del imperio. Este poder mantenido

y acrecido constantemente en muy diversas circunstancias histórico-políticas (consagración de reyes y emperadores, contienda de las investiduras, excomunión y penas graves a los no sometidos, alianza con la sociedad civil para castigar a los incrédulos, guerras por sucesiones políticas y posesiones materiales, árbitro supremo en conceder a países colonialistas el derecho de dominio de las tierras y destrucción de civilizaciones) comenzó a debilitarse con los intentos garibaldinos de la unidad italiana y concluyó con la pérdida de los estados pontificios (1850). Ya no hubo otro medio para mantener la estructura institucional que el dinero. Y se pudo lograr de una gran cantidad y calidad de católicos desparramados por el mundo. El vaticano se originó y se mantuvo así con todos sus pendones. Hasta que se produce un quiebre, cuando Juan XXIII pretende poner a la Iglesia al servicio del mundo del que hasta entonces había sido soberana. Y comienza a resentirse lo económico. Hasta que Juan Pablo II acude al Opus, después del escándalo del banco Ambrosiano. Y desde allí la política se hace conservadora, antisocialista, anti-liberacionista y procapitalista. Y las dictaduras de derecha son así, favorecen ideológica y económicamente a la Iglesia y son beneficiados por ella.

La segunda razón, es que para volver a consolidar su poder la iglesia necesitó ser fuerte. Y por eso, el mismo papa que perdió los Estados pontificios, Pío IX llamó a un Concilio en que hizo declarar la infalibilidad pontificia, convirtiendo así el régimen eclesiástico en dictadura. En Concilio vaticano II intentó volver a la comunidad. Los últi-



mos tiempos de Juan Pablo II y con mayor claridad el papa actual retornan a la monarquía absoluta. Practican y son amantes de la dictadura hacia adentro. ¿cómo pueden ser otra cosa hacia fuera?

Así explicamos la simpatía eclesiástica por las dictaduras.

La oportunidad perdida

Entre nosotros, la simpatía fue más allá. Se pasaron de la línea. Perdieron la gran oportunidad. La simpatía fue convirtiéndose cada vez más en complicidad. Porque la resolución de iniciar una guerra sucia se pareció a una cruzada purificadora y cautivó a la jerarquía casi en pleno. Lo conocían todo, a pesar de las delicadezas de Mons. Grasselli que miraba para otro lado, cuando las madres y familiares le suplicaban informes. Pero optaron por señalar tímidamente sólo algunos "detalles" que no les parecían suficientemente claros en el accionar de las fuerzas redentoras. Esos documentos les servirían después para excusarse, pero que en su momento, entre la de cal y la de arena, a nadie dijeron nada.

Y siguieron beneficiándose de prebendas, aumento de rentas para obispos, subsidios para los seminarios, aumentos para los colegios católicos, sueldos elevados y escalafón militar para los capellanes de las Fuerzas Armadas.

El vicariato castrense puente para la complicidad

La creación del Vicariato castrense es, en sí misma, una de las causas con gran influencia en la actitud eclesiástica durante el llamado Proceso. Fue cre-

ado en 1957 por acuerdo entre el Vaticano y el gobierno argentino. Ratificado varias veces, en 1982 se transformó en Obispado. Los capellanes militares y, de modo especial los vicarios como Bonamín y Medina, sin hacer mención siquiera de Von Wernich, tuvieron participación activa en todo el movimiento de prisioneros del Ejército y, de acuerdo a muchos testimonios, su actitud fue de aprobación para los métodos usados. Desapariciones, torturas, delaciones, castigos corporales y psíquicos, amenazas a parientes y fusilamientos. La cúpula eclesiástica en tanto, "no creía" que se estuvieran perpetrando esos crímenes.

El último obispo castrense fue el famoso Basseoto, acusado en Añatuya de cómplice en el tráfico de bebés y defendido por la jerarquía en su enfrentamiento con el gobierno.

Los capellanes, vicarios y obispos castrenses tienen escalafón y salario militar. Por eso es muy difícil que la Iglesia no resista con fuerza al proyecto ya presentado pero frenado, de acabar con la Vicaría u Obispado castrense. Pero, a mi entender, sus integrantes fueron quienes encauzaron a la iglesia argentina por las vías de la complicidad con la dictadura y la empujaron más allá de los límites razonablemente humanos. La supresión de la Vicaría castrense sería un logro para el pluralismo religioso, para la independencia de la iglesia y para que nunca volviera la complicidad con los violadores oficiales de los derechos humanos.

José Guillermo Mariani (pbro.)

INTEGRANTE DE LA COMISIÓN HONORARIA DE NOTABLES.

Dictadura y movimiento obrero

El 24 de marzo de 1976 se impone en nuestro país la dictadura militar más sangrienta, con la instauración del terrorismo de estado y su política de supresión de los derechos.

La represión instrumentada desde la prohibición de la libre expresión de pensamiento hasta los delitos de lesa humanidad como el secuestro, la tortura, la cárcel y la desaparición forzada de personas.

Esta política de supresión de derechos y represión, fue acompañada por la aplicación de un modelo económico neoliberal que se complementaba con acciones que profundizaban la inequidad social. Así, se favorecía política y económicamente a un grupo reducido de la población, vinculados a los sectores de poder interno y particularmente internacionales, desprotegiendo a la mayoría de nuestro pueblo.

La Prohibición y represión de los espacios participativos organizados (partidos políticos, sindicatos, centro de estudiantes, organizaciones vecinales y sociales, entre otras) fue llevando a considerar a los mismos o la práctica en los mismos, como actividades de índole subversivo, y por ende peligroso para quien intentara hacer uso del derecho.

Así, se fue logrando introducir en el

cuerpo social el miedo, el temor, la desconfianza, la ruptura de los lazos solidarios, se potenció el individualismo como modo de vida, fragmentando a la mayoría de la sociedad.

El movimiento obrero, no estuvo exento a este fenómeno. Fue indudablemente el sector más golpeado. Desde los años anteriores al 24 de marzo de 1976, fue sistemáticamente reprimido, secuestrando a los compañeros militantes en las fabricas y talleres, generando descontento en la sociedad. Para corroborar lo que sostengo, es importante recordar que de cada cien detenidos, treinta eran obreros fabriles, veintiuno estudiantes universitarios o secundarios, dieciocho empleados, seis docentes, cinco autónomos, cuatro amas de casa, dos conscriptos y personal de seguridad y cuatro eran actores,

artistas y religiosos. Si sumamos setenta eran trabajadores.

Sucede que contrariamente a los sostenido por los ejecutores de tan siniestro plan, no solamente se persiguió a los miembros de las organizaciones políticas armadas.

La represión se orientó fundamentalmente a todas las personas integrantes y simpatizantes de organizaciones sindicales y políticas, por su oposición a la dictadura y su participación en luchas gremiales, o simplemente eran amigos o se encontraban en la agenda de alguien considerado revolucionario.

Juan Enrique Villa

EX SECRETARIO GENERAL DEL GREMIO DE PERKINS.
INTEGRANTE DE LA COMISIÓN HONORARIA DE NOTABLES.